

EL ANTICRISTO

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Friedrich Nietzsche

EL ANTICRISTO

LA MALDICIÓN SOBRE EL CRISTIANISMO



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>

<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Traducción: Luna Forum, S.L.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock

Autor: Bruce Rolff

Primera edición: *Octubre, 2015*

Segunda edición: *Diciembre, 2016*

Tercera edición: *Abril, 2018*

Cuarta edición: *Abril, 2019*

Quinta edición: *Julio, 2022*

Sexta edición: *Julio, 2024*

Séptima edición: *Junio, 2025*

ISBN: 978-84-16365-27-2

Depósito legal: M-30361-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El Anticristo, escrito en 1888, supone una crítica al cristianismo en su conjunto y a otros conceptos más recientes como la misma democracia, pues su autor supone a estos como una consecuencia directa de los ideales del cristianismo. Nietzsche solía designarse a sí mismo con el nombre de *El Anticristo* en los últimos años de su existencia lúcida, cuando se encontraba ya al borde de la definitiva crisis mental. Responde más al contenido del libro su subtítulo: *Maldición sobre el cristianismo*.

Su controvertido contenido motivó que los editores retrasaran su publicación hasta el año 1895, junto con *Ecce Homo*. En la obra, Nietzsche identifica todo el mal social en el cristianismo. Es la causa por la cual sufre la humanidad y el hombre se encuentra oprimido moralmente. El autor considera que Jesucristo fue el único y verdadero cristiano, y los fundadores de la Iglesia tan solo realizaron una tarea de deconstrucción sobre su imagen y su palabra, una traición que malinterpreta las enseñanzas de Cristo, manteniendo así al hombre alejado del saber y del conocimiento, y evidenciando el deseo de la sociedad eclesíástica de conservar el poder a través de falsedades y supersticiones que el pueblo terminará por aceptar.

Friedrich Nietzsche está considerado sin duda uno de los pensadores contemporáneos más importantes, célebres e influyentes del siglo XIX y una de las figuras más significativas

de la filosofía moderna. Fue filósofo, filólogo, poeta y músico, y realizó una completa e intensiva crítica sobre la religión, la cultura y la filosofía occidental, influyendo profundamente en las siguientes generaciones, no solo de filósofos, teólogos, sociólogos, antropólogos y psicólogos, sino también de los escritores que se ejercitaban en la narrativa, la poesía y el drama, y marcando el camino a seguir por los más importantes pensadores e intelectuales que tuvieron la suerte de poder leerlo. Influyó, entre otros, en Michel Foucault, Martin Heidegger, Max Weber, Michel Onfray, Gilles Deleuze..., y otras muchas mentes brillantes que le precedieron.

Nietzsche ha recibido muchas críticas por la aparente contradicción de sus ideas y pensamientos, por la carencia de un único punto de vista en los temas que trataba. Para algunos lo que pretendía con esta postura de utilizar múltiples puntos de vista era retar a sus lectores para que consideraran las diversas facetas con que podían abordar un mismo tema. Pero para él no eran igualmente válidas todas esas visiones; muchas veces no estaba claro su verdadero posicionamiento respecto a un tema concreto. Para muchos es su estilo aforístico el responsable de todas estas contradicciones aparentes de su pensamiento; se dice que existen tantos Nietzsche como lectores tiene su obra.

Para Nietzsche existían dos clases de hombres: los siervos y los señores, y ambas clases otorgaban un sentido distinto a la moral. La moral de los señores está basada en el orgullo propio, en la fe que tienen en sí mismos. La de los siervos está destinada a hacer más benévola su condición de esclavos, promoviendo valores como la obediencia, la misericordia y la mansedumbre. Estamos ante una clara inversión de los valores.

Nietzsche creía que la sociedad se encontraba sumida en un profundo nihilismo –una desvalorización de los valores fundamentales o supremos-, que debía superar para no verse abocada a su fin.

El hombre europeo debe asumir las consecuencias de la muerte de la sociedad occidental del vengativo y cruel Dios judeo-cristiano, por lo que sus valores vigentes se derrumban solos o son destruidos por el mismo hombre. Nietzsche promulgaba que la superación de este nihilismo solo se produciría cuando el *Übermensch* –el ultrahombre– lograra imponer los nuevos valores de la moral de los señores contra los valores de la moral de esclavos. Así pues, se destruyen los valores de los hombres para ser sustituidos por los valores del *Übermensch*, que va a ocupar el lugar de Dios. Su conocida frase “Dios ha muerto”, que proclama un final natural a la creencia de Dios, y que utiliza en *La gaya ciencia* y en *Así habló Zaratustra*, se muestra como una revelación y nos lleva al progreso. No se trata de una declaración, sino más bien de una observación. El autor no nos da argumentos para el ateísmo. Solo nos hace ver, que a todos los efectos prácticos, los hombres de su época vivían como si Dios estuviese muerto.

Para Nietzsche el ser humano es un ser eminentemente incompleto, una especie de puente entre el simio y el *Übermensch* –el ultrahombre–. Por tanto el hombre es un ente que debe ser superado. El *Übermensch*, que para muchos está en línea con el concepto de hombre renacentista, es un noble, un ser que posee la moral que debe atribuírsele a un noble, que acepta la voluntad de poder. Estamos ante un legislador que crea sus propias normas, tanto las morales como las de cualquier otro tipo; un hombre vital que ama la vida y el mundo que lo rodea, sometiendo todo a su voluntad, asumiendo que existe una parte de dolor y otra de placer. No se arrepiente nunca de sus actos.

Friedrich Wilhelm Nietzsche nació en Röcken, un pueblecito de Sajonia-Anhalt cercano a Leipzig, Alemania, el 15 de octubre de 1844. Su padre era un pastor luterano y trabajaba como preceptor privado. Estudió en Pforta, una prestigiosa escuela privada, donde empieza a destacar en el campo de la música y el lenguaje. Se le admitió en la acreditada Schulpforta,

donde empezó a escribir sus primeros poemas y composiciones musicales, y recibió una intensa educación literaria, destacando en el estudio de los clásicos griegos y romanos.

Se graduó en 1864 y acudió a la Universidad de Bonn para realizar estudios en teología y filología, para trasladarse poco después a la Universidad de Leipzig. En 1868 un accidente ecuestre le salva del servicio militar y conoce a Richard Wagner, con el que haría una gran amistad e influiría notablemente en su desarrollo intelectual.

Se convierte en el más joven profesor de filología de la Universidad de Basilea. Por la calidad de sus investigaciones, la Universidad de Leipzig le concede el doctorado sin examen ni disertación.

Logró un permiso para servir en el bando prusiano durante el enfrentamiento franco-prusiano como médico camillero. En esta conflagración, durante un mes escaso, presenció los efectos traumáticos de la guerra y contrajo la difteria y disentería que le acompañaron perjudicándole el resto de su vida.

Vivió el nacimiento del Imperio Alemán y el apogeo de Otto von Bismarck, que no fue de su agrado. En 1872 publica su primer libro *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, que no fue muy bien acogido y acentuó el aislamiento que sentía en la comunidad filológica.

A continuación publica cuatro ensayos, *David Strauss: el confesor y el escritor*, *Sobre el uso y el abuso vital de la Historia*, *Schopenhauer como educador*, y *Richard Wagner en Bayreuth*, que más tarde se publicaron conjuntamente con el título de *Consideraciones intempestivas*.

Se distanció de la filosofía de Wagner y Schopenhauer, y en 1879 publicó *Humano, demasiado humano*. Se enemista con Wagner cuando este compone Parsifal, un auto litúrgico para el Viernes Santo que ofendió profundamente su sensibilidad.

En 1879 su mala salud le obliga a dejar su trabajo de profesor y se ve obligado a tomar épocas de descanso cada vez más

prolongadas. Busca climas más templados y viaja con frecuencia a Suiza, Italia y Francia, sosteniéndose con una pensión de profesor retirado y la ayuda de algunos amigos.

Sin embargo este es su más fértil período de producción, desde la publicación de *Humano* en 1878, hasta 1888, casi es capaz de publicar un libro por año. En 1888, el último de ellos, escribió hasta cinco libros.

En 1881 publica *Aurora. Reflexiones sobre los prejuicios morales*. En 1882 la primera parte de *La gaya ciencia*. En Rapallo escribe en 1883 la primera parte de *Así habló Zaratustra*. En 1886 termina *Más allá del bien y del mal*.

Sus frecuentes ataques le imposibilitaban un trabajo continuo, pero aún así logra publicar en 1887 la polémica *Genealogía de la moral*.

A finales de 1888 trabaja en *Ecce Homo*, que no podrá salir publicada hasta 1908, con algunas modificaciones.

En Turín, el 3 de enero de 1889, tras provocar, al parecer, algún tipo de altercado público, sufrió un colapso mental. Las breves cartas que pudo escribir después a algunos amigos, mostraban claros síntomas de demencia y megalomanía. Ingresó en una clínica psiquiátrica de Basilea, y es trasladado de un hospital a otro en busca de una cura para sus males.

En este proceso le publican *El crepúsculo de los ídolos* y *El Anticristo*, el interesante y controvertido volumen que usted está a punto de leer. Se traslada a Weimar, donde le cuida su hermana Elisabeth, que había regresado del extranjero recién divorciada. Contrae una neumonía que le causa la muerte el 25 de agosto del año 1900.

El editor

PRÓLOGO

Inversión de todos los valores

Fragmento

Este libro está escrito para unos pocos lectores. Tal vez para ninguno de ellos todavía, pero podrán comprender mi *Zaratustra*. ¿Tengo yo tal vez derecho a confundirme con aquellos a quienes hoy se presta atención? A mí me pertenece el pasado mañana. Hay hombres que nacen póstumos.

Conozco demasiado bien las condiciones necesarias para que se me comprenda y suelen comprenderme por necesidad. Hay que ser honrado hasta la médula en las cosas espirituales solamente para soportar mi seriedad y mi pasión. Hay que estar hecho a vivir en las montañas para ver a nuestros pies la mezquina locuacidad política y el egoísmo de los pueblos en cada momento. Hay que volverse indiferente. No hay que preguntarse si la verdad favorece o perjudica al hombre. Se debe sentir predilección para los temas que ahora asustan a todos y poseer el valor de las cosas prohibidas. Hay que estar predestinado al laberinto. Esa soledad tiene que servir de experiencia. Se necesitan nuevos oídos para una nueva música; nuevos ojos para las cosas más alejadas; nueva conciencia para las verdades hasta ahora mudas, así como la voluntad de la economía a lo grande; conservar las propias fuerzas y el

entusiasmo... Hay que respetarse y amarse a uno mismo; tener total libertad para uno mismo...

No obstante, solamente los así forjados son mis lectores predestinados. ¿Qué más me dan los demás? Los demás son simplemente la humanidad. Es necesario ser superior a la humanidad mediante la fuerza, el temple y el desprecio...

Friedrich Nietzsche

1

Mirémonos de frente. Somos hiperbóreos y sabemos bastante bien lo apartados que vivimos. «No hallarás por tierra ni por mar el camino a los hiperbóreos.» Píndaro ya lo sabía. Nuestra vida y nuestra felicidad se encuentran más allá del Septentrión, de los hielos y la muerte... Hemos hallado la felicidad, conocemos el camino, dimos con la salida a milenios de laberinto. ¿Quién más la ha encontrado? ¿Quizá el hombre moderno? «Yo no sé entrar ni salir. Soy todo lo que no sabe entrar ni salir.» El hombre moderno suspira en estos términos... Sufríamos esta modernidad, una paz putrefacta, un compromiso perezoso, todo el virtuosismo impuro del moderno sí y el no. Tal tolerancia y amplitud de corazón, que todo lo perdona porque todo lo comprende, para nosotros es el siroco. Es mejor vivir entre los hielos que entre las virtudes modernas y otros vientos del Sur... Fuimos valientes e inclementes con nosotros y con el prójimo, pero durante mucho tiempo no supimos adónde nos llevaría nuestro valor. Nos volvimos taciturnos y nos tacharon de fatalistas. Nuestro sino eran la plenitud, la tensión, la hipertrofia de las fuerzas. Anhelábamos rayos y hechos. Estábamos lejos de la felicidad de los débiles, de la abnegación... Un huracán agitaba nuestra atmósfera. Nuestra naturaleza se ensombrecía porque no hallábamos ninguna vía. Esta es la receta de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta...

2

¿Qué es lo bueno? Todo lo que en el hombre eleva el sentimiento y la voluntad de poder, el poder mismo.

¿Qué es lo malo? Todo lo que nace de la debilidad.

¿Qué es la felicidad? El sentimiento de lo que aumenta el poder y de haber superado un obstáculo.

No alegría, sino mayor poder; no paz en general, sino guerra: no virtud, sino habilidad (virtud en el estilo del Renacimiento, virtud sin moral).

Los débiles y los fracasados han de perecer. Esta es la primera proposición de nuestra filantropía. Y hay que ayudarlos a perecer.

¿Qué es lo más perjudicial que cualquier vicio? La simpatía activa hacia los fracasados y los débiles: El cristianismo.

3

El problema que planteo aquí no consiste en lo que debe realizar la humanidad en la secuencia de las especies (el hombre es una conclusión), sino qué tipo de hombre se debe educar, se debe querer como el más valioso, digno de vivir y seguro del porvenir.

Este tipo tan valioso ya ha existido muy a menudo; pero como caso afortunado, como emoción, nunca fue deseado. Más bien fue lo más temido, ha sido aquello que se había de temer, y por temor se ha deseado el tipo opuesto, se ha criado y se ha logrado: el animal doméstico, el del rebaño, el hombre enfermo: El cristiano...

4

La humanidad no representa una evolución del mejor o el más fuerte o el más alto tal y como se creía en la actualidad. El «progreso» es solo una idea moderna; es decir, una idea falsa. El europeo actual está muy por debajo del europeo del Renacimiento; un desarrollo sucesivo no es en absoluto, por necesidad, lo mismo que elevación, avance o refuerzo.

En otro sentido, existen casos de éxito individual aislado en muchos puntos de la Tierra y en las más diversas culturas en las cuales se representa un tipo superior; algo que, con relación a la humanidad como un colectivo, es un superhombre. Estos casos aislados de gran éxito siempre han sido posibles, y tal vez serán siempre posibles. E incluso razas enteras, pueblos y naciones pueden constituir en ciertas circunstancias un ejemplo de esta fortuna.

5

No debemos adornar y acicalar el cristianismo; libró una guerra mortal a este tipo superior de hombre; desterró todos los instintos fundamentales de este tipo, extrajo y destiló de estos instintos el mal, al Malo; consideró al hombre fuerte como lo típicamente reprochable, lo consideró él «maldito». El cristianismo se puso del lado de todo lo débil, humilde y fracasado; idealizó la contradicción a los instintos de conservación de la vida fuerte; destruyó la razón de las naturalezas espiritualmente más fuertes enseñando a ver los supremos valores de la intelectualidad como algo pecaminoso, extraviado y tentador. El ejemplo más deplorable es la ruina de Pascal,^[1] que creyó que su razón estaba corrompida por el pecado original, ¡cuando solamente estaba corrompida por su cristianismo!

1 Blaise Pascal (1623-1662) fue un matemático, físico, filósofo cristiano y escritor francés. Terminó sus días dedicado a la filosofía y la teología tras abandonar las matemáticas y la física.

6

Es un espectáculo doloroso y pavoroso el que se ha descubierto a mis ojos; descorrí la cortina que ocultaba la depravación del hombre. En mi boca, esta palabra queda libre de sospecha, la de que contiene una acusación moral contra el hombre. Se utiliza –quiero enfatizarlo una vez más– sin moral; y ello es cierto en tanto que tal depravación de la que hablo es más obvia a mis ojos precisamente donde hasta ahora se aspiraba más conscientemente a la «virtud», a la «divinidad». El lector adivinará que entiendo la podredumbre en el sentido de decadencia de los valores. Creo que un animal, una especie, un individuo se corrompe cuando pierde sus instintos, cuando escoge y prefiere lo que le perjudica. Una historia de los sentimientos superiores, de «los ideales de la humanidad» –y es posible que deba escribirla– explicaría por qué el hombre ha degenerado así. La misma vida me parece instinto de crecimiento, supervivencia, acumulación de fuerzas, poder. Donde no hay voluntad de poder, sobreviene el desastre. Creo que todos los supremos valores de la humanidad se han quedado sin esta voluntad; que los valores de decadencia y del nihilismo, prevalecen bajo los nombres más sagrados.

7

El cristianismo es llamado la religión de la compasión. La compasión se opone a las pasiones tónicas que aumentan la energía vital; es depresiva. El hombre pierde el poder con la compasión, con ella se multiplica por mil la pérdida de fuerza que el sufrimiento aporta. El sufrimiento se torna contagioso por la compasión; en ciertas circunstancias, con la compasión se puede conducir a un sacrificio total de la vida y de la energía vital –una pérdida totalmente desproporcionada con la importancia de la causa (el caso de la muerte del Nazareno)–. Este es el primer punto de vista. Sin embargo, hay otro más importante. Si se miden los efectos de la compasión por la gravedad de las reacciones que provoca, su carácter amenazante para la vida aparece con una luz mucho más clara. La compasión frustra toda la ley de la evolución, que es la ley de la selección natural. Preserva lo que está maduro para ser destruido; combate a favor de los desheredados y de los condenados de la vida; al mantener la vida en muchos de los fracasados de toda especie, da a la vida misma un aspecto lúgubre y enigmático. La humanidad se atrevió a denominar virtud a la compasión –en todo sistema moral superior surge como debilidad–; yendo más allá, se ha denominado la virtud, el origen y la base de todas las virtudes, pero tengamos siempre en cuenta que esto fue desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, en cuyo escudo estaba grabada la negación de la vida. Schopenhauer acertó en esto: que con la compasión se niega la vida y se hace más digna de ser negada; la compasión es la técnica del nihilismo. Déjenme repetirlo: este instinto depresivo y contagioso se enfrenta a todos esos instintos que tienden a la preservación y a la mejora

de la vida: en el papel de protector del desgraciado es un agente esencial capital para promover la decadencia; la compasión persuade a la extinción... Por supuesto, no se dice «extinción», se dice «el más allá» o «Dios» o «la verdadera vida» o Nirvana, salvación, beatitud... Esta inocente retórica, procedente del reino de las bobadas ético-religiosas, parece mucho menos inocente cuando se refleja qué tendencia oculta bajo las frases sublimes: la tendencia a destruir la vida. Schopenhauer era hostil a la vida, por eso la compasión se le apareció como una virtud... Aristóteles, como todos saben, vio en la compasión un estado de ánimo morboso y peligroso cuyo remedio era un purgante ocasional; consideró la tragedia como un purgante. El instinto de la vida debería impulsarnos a buscar un medio de pinchar esta acumulación patológica y peligrosa de compasión, como la del caso de Schopenhauer (y también su falta en toda nuestra decadencia literaria y artística, desde San Petersburgo a París, desde Tolstoi a Wagner) para hacerla reventar... Nada hay más malsano en nuestro modernismo malsano que la compasión cristiana. Ser médicos aquí, ser implacables aquí, hundir el cuchillo aquí, todo eso nos compete a nosotros, todo eso es nuestra forma de humanidad, así somos filósofos, ¡somos hiperbóreos!

8

Es necesario decir a quiénes vemos como nuestros antagonistas: los teólogos y todos los que tengan en sus venas sangre teológica, es decir, toda nuestra filosofía... Es necesario haber visto la amenaza de cerca; mejor aún, debe haberla experimentado directamente hasta el punto de casi sucumbir para admitir que no es cosa de tomársela a la ligera (la supuesta libertad de pensamiento de nuestros investigadores de la naturaleza y fisiólogos me parece una broma; carecen de pasión en estas cosas; no han sufrido). Este envenenamiento va mucho más allá de lo que la gente cree; encuentro el arrogante hábito del teólogo entre quienes se sienten «idealistas», entre quienes so pretexto de un origen elevado se arrojan el derecho de elevarse sobre la realidad y mirarla con superioridad y lejanía... El idealista, como el eclesiástico, tiene en su mano todos los conceptos elevados (¡y no solamente en la mano!), los lanza con benévolo desprecio contra «el entendimiento», «los sentidos», «el honor», «la buena vida» y «la ciencia»; ve estas cosas por debajo de él como fuerzas perniciosas y seductoras, sobre las cuales se eleva «el espíritu» como una cosa pura en sí, como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra, la santidad no hubiese hecho hasta ahora a la vida un mal mucho mayor que todos los horrores y vicios imaginables... El alma pura es una mentira pura... Mientras el sacerdote, ese negador, calumniador y envenenador de la vida profesional sea considerado una especie superior de hombre, no puede haber respuesta a la pregunta: ¿qué es la verdad? La verdad ya se ha puesto boca abajo cuando el abogado evidente de la mera nada es confundido con su representante.

9

Declaro la guerra a este instinto teológico; encuentro huellas tuyas por doquier. Quien tiene sangre de teólogo en el cuerpo es furtivo y deshonesto en torno a las cosas. El patetismo que se desarrolla de su estado se llama fe; en pocas palabras, es cerrar los ojos ante sí mismo de una vez por todas para no padecer la visión de una incurable falsedad. Las personas erigen un concepto de moral, de virtud, de santidad de esta falsa visión de las cosas; fundamentan la buena conciencia sobre la visión defectuosa; sostienen que ninguna otra suerte de visión tiene ya valor una vez que han hecho sacrosanta la suya con los nombres de «Dios», «salvación» y «eternidad». Yo desentierro este instinto teológico en todas las direcciones; es la forma más extendida y subterránea de falsedad que se halla en la Tierra. Lo que un teólogo considera verdadero debe ser falso; en esto casi existe un criterio de verdad. Su profundo instinto de conservación se alza contra la verdad cuando se transforma de cualquier modo en honor o incluso cuando es declarada. Allí donde se siente la influencia de los teólogos, los valores se trastocan, y los conceptos de «verdadero» y «falso» se ven obligados a intercambiar sus posiciones, y aquello que lo exalta; lo más perjudicial para la vida aquí se llama «verdadero», y lo que la exalta, la intensifica, la aprueba, la justifica y la torna triunfante, se denomina «falso»... Cuando los teólogos trabajan a través de las «conciencias» de los príncipes (o de los pueblos) y alargan las manos en busca de poder, no cabe duda de cuál es el problema fundamental: la voluntad se convierte en un fin, el nihilista ejerce ese poder...

10

Los alemanes me entienden de inmediato cuando digo que la sangre teológica es la ruina de la filosofía. El pastor protestante es el abuelo de la filosofía alemana; el protestantismo en sí mismo es su pecado original. Definición del protestantismo: parálisis hemipléjica del cristianismo y de la razón... Basta con proferir las palabras «Escuela de Tubinga» para comprender lo que es la filosofía alemana en el fondo: una teología artera... Los suabos han sido los mejores mentirosos de Alemania; mienten con inocencia... ¿A qué viene todo el regocijo por la aparición de Kant, que prevaleció sobre el mundo erudito alemán, el cual está compuesto en sus tres cuartas partes de hijos de predicadores y maestros? ¿A qué viene la convicción alemana aún predominante de que con Kant se inició un cambio a mejor? El instinto teológico de los eruditos alemanes les permitió ver claramente lo que entonces volvía a ser posible... Se abría una escalera hacia el antiguo ideal; el concepto de «mundo verdadero», el concepto de moralidad como esencia del mundo (¡los dos peores errores que jamás haya habido!) fueron una vez más, gracias a un escepticismo sutil y taimado, si no demostrables, al menos irrefutables en lo sucesivo... La razón, la prerrogativa de la razón, no va tan lejos... Se había hecho una «apariencia» a partir de la realidad; un mundo completamente falso, el del ser, se había hecho realidad... El éxito de Kant es simplemente un éxito teológico; fue, como Lutero y Leibniz, un impedimento más a la integridad alemana, que ya estaba lejos entonces de ser sólida.

11

Una palabra ahora contra Kant como moralista. Una virtud debe ser nuestra invención; debe surgir de nuestra necesidad personal y nuestra defensa. En todo otro caso es una fuente de peligro. Lo que no pertenece a nuestra vida, la amenaza; una virtud enraizada simplemente en un mero respeto por el concepto de «virtud», como quería Kant, es perniciosa. La «virtud», el «deber», el «bien en sí», el bien basado en la impersonalidad y en una noción de la validez universal son quimeras en las que se halla una expresión de la decadencia, el último hundimiento de la vida, el espíritu mezquino de Königsberg. Las leyes más profundas de la conservación y del crecimiento exigen lo contrario; es decir, que cada uno encuentre la propia virtud, su propio imperativo categórico. Una nación se desmiembra cuando confunde su deber con el concepto de deber en general. Nada conduce al más completo y hondo desastre que el deber «impersonal», el sacrificio ante el Moloch de la abstracción. ¡Y pensar que nadie ha considerado peligroso para la vida el imperativo categórico de Kant! ¡Tomó bajo su manto el instinto teológico! Una acción impulsada por el instinto vital demuestra que es justa por el placer que conlleva; mientras que el nihilista con entrañas dogmatismo cristiano consideraba el goce como una objeción... ¿Qué destruye más rápidamente a un hombre que trabajar, pensar y sentir sin una necesidad interior, sin una elección personal profunda, sin alegría, como un simple autómatas del deber? Esta es la fórmula de la decadencia hasta la idiocia... Kant se volvió idiota. ¡Y fue coetáneo de Goethe! ¡Esta funesta araña fue considerada como el filósofo alemán, y sigue siéndolo...! No diré lo que pienso

de los alemanes... ¿No vio Kant en la Revolución Francesa el paso del Estado de la forma inorgánica a la orgánica? ¿No se preguntó si había un solo hecho que pudiera ser explicado salvo suponiendo una disposición moral del hombre, de modo que sobre esta base «la tendencia de la humanidad hacia el bien» pudiera ser demostrada de una vez por todas? Respuesta de Kant: «Eso es la revolución.» El instinto que falla en todo y en todos, el instinto como una revuelta contra la naturaleza. La decadencia alemana como filosofía, ¡eso es Kant!

12

Dejo a un lado a algunos escépticos, los tipos decentes en la historia de la filosofía; los demás no tienen ni idea de la integridad intelectual. Se comportan como las mujeres, esos grandes entusiastas y prodigios consideran los «bellos sentimientos» como argumentos, los «pechos anhelantes» como un fuelle de divina inspiración, la convicción como el criterio de verdad. Al final y con inocencia «alemana», Kant trató de dar aspecto científico a esta forma de corrupción, a esta escasez de conciencia intelectual, al denominarlo «razón práctica». Inventó deliberadamente una serie de razones a propósito para las ocasiones en que no debemos preocuparnos de la razón; esto es, cuando oímos la sublime orden del «tú debes». Al recordar que en casi todos los pueblos el filósofo es solo un avance del viejo tipo sacerdotal, esta herencia del sacerdote, este fraude de sí mismo deja de ser asombroso. Cuando un hombre cree que tiene una misión divina, por ejemplo, elevarse, salvar o liberar a los hombres; cuando lleva en el pecho la chispa de la divinidad; cuando es intérprete de imperativos supernaturales, cuando esta misión lo inflama, es natural que esté más allá de los juicios de valor simplemente razonables. Se cree santificado por esta misión, ¡que es él mismo el tipo de un orden superior...! ¡Qué tiene que ver un sacerdote con la ciencia? ¡Está muy por encima de ella! ¡Y hasta ahora él ha dado las órdenes! ¡Él ha determinado el significado de «verdadero» y «falso»!

13

No subestimemos el siguiente hecho: que nosotros mismos, espíritus libres, ya somos una «transvaloración de todos los valores», una declaración visualizada de guerra y victoria a todos los antiguos conceptos de «verdadero» y «falso». Las intuiciones más valiosas son las que más tarde se obtienen; las más valiosas de todas son las que determinan los métodos. Todos los métodos, todos los principios de nuestro actual espíritu científico fueron el blanco durante miles de años del más profundo desprecio; si un hombre sentía inclinación por él, quedaba excluido de la sociedad de los hombres «decentes», y pasaba por ser «enemigo de Dios», por mofarse de la verdad, por ser un «poseso». Como hombre de ciencia, pertenecía a la *Chandala*...^[2] Tenemos en contra toda la estupidez patética de la humanidad, su noción de lo que debe ser verdad, de lo que debe estar al servicio de esta; nos lanzaron en contra el «tú debes»... Nuestros objetos, nuestros métodos, nuestra manera silenciosa, prudente, desconfiada, todo ello les pareció absolutamente ignominioso y despreciable. Al volver la vista atrás, casi se podrá uno preguntar con razón si no fue justamente un gusto estético el que mantuvo ciegos durante tanto tiempo a los hombres; lo que exigían de la verdad era una efectividad pintoresca, y de los eruditos una llamada a sus sentidos. Fue nuestra modestia lo que durante mucho tiempo se enfrentó a su gusto. ¡Qué bien lo adivinaron esos papanatas de Dios! La más inferior de las castas hindúes.

2 Término despectivo del hinduismo para indicar a los parias, el último escalón de la sociedad.

14

Hemos desaprendido algo. Somos más modestos en todos los aspectos. Ya no derivamos al hombre del «espíritu», de la «testa divina»; lo hemos devuelto a las bestias. Lo vemos como al animal más fuerte porque es el más astuto; uno de los resultados de ello es su intelectualidad. Por otra parte, nos guardamos contra un engreimiento que incluso aquí querría imponerse: aquel según el cual el hombre sería la intención oculta del proceso de evolución orgánica. No es sino la coronación de la creación; junto a él, se encuentra toda criatura al mismo nivel de desarrollo... Y cuando decimos esto, decimos demasiado, pues el hombre, en sentido relativo, es el animal más chapucero, el más enfermizo, el que más peligrosamente se ha desviado de sus instintos, ¡si bien es cierto que pese a ello es el más interesante! Por lo que se refiere a los animales inferiores, Descartes fue el primero que con admirable audacia osó describir al animal como una máquina; toda nuestra fisiología se encamina a demostrar la verdad de esta doctrina. Pero es ilógico diferenciar al hombre como hizo Descartes; lo que hoy se sabe en general del hombre está limitado por la amplitud con que los hemos contemplado como una máquina. Antaño se concedía al hombre, como herencia de un orden superior, lo que se llamó el «libre albedrío»; hoy le hemos quitado incluso la voluntad, pues el término ya no describe nada que se pueda entender. La antigua palabra «voluntad» indica ahora solamente una especie de resultado, una reacción individual que sigue inevitablemente una serie de estímulos en parte discordantes y en parte armoniosos; la voluntad ya no «actúa» o «mueve»... Antiguamente se creía que la conciencia del hombre, su

«espíritu», brindaba la prueba de su alto origen, de su divinidad. Para hacer perfecto al hombre se le aconsejó que ocultara en sí los sentidos lo mismo que las tortugas, que no mantuviese relaciones con las cosas terrenas, que se desprendiese de su envoltura mortal, entonces solamente quedaría lo principal de él: el «espíritu puro». También hemos pensado esto mejor; para nosotros la consciencia o el «espíritu» surge como un síntoma de una imperfección relativa del organismo, como un ensayo, un ir a tientas, una incompreensión, una aflicción que gasta inútilmente mucha fuerza nerviosa; negamos que cualquier cosa pueda ser hecha de un modo perfecto mientras se haga conscientemente. El «espíritu puro» es una pura estupidez; quitemos el sistema nervioso y los sentidos, la «envoltura mortal», y el resto es un cálculo erróneo, ¡solamente eso!

15

Bajo el cristianismo ni la moral ni la religión entran en contacto con la realidad. Ofrece causas puramente imaginarias («Dios», «alma», «ego», «espíritu», «libre albedrío» e incluso «no libre») y efectos puramente imaginarios («pecado», «salvación», «gracia», «castigo», «perdón de los pecados»). Relaciones entre criaturas imaginarias («Dios», «espíritu», «almas»); una ciencia natural imaginaria (antropocéntrica; una negación completa del concepto de las causas naturales); una psicología imaginaria (desconocimiento del yo, mala interpretación de sentimientos generales placenteros o desagradables; por ejemplo, de los estados del nervio simpático con la ayuda del lenguaje de signos de tonterías religioso-morales; «arrepentimiento», «remordimiento», «tentación diabólica», «la presencia de Dios»); una teología imaginaria (el «reino de Dios», «el juicio final», la «vida eterna»). Este mundo puramente ficticio se distingue para su desventaja del mundo onírico; el último al menos refleja la realidad, mientras que el primero la falsifica, la denigra y la niega. Cuando el concepto de «naturaleza» fue opuesto al de «Dios», la palabra «natural» debía ser sinónimo de «abominable»; todo aquel mundo ficticio nace del odio contra lo natural (¡lo real!), y solamente hay pruebas de un profundo malestar en presencia de la realidad... Esto explica todo. ¿Quién tiene motivos para salir de la realidad con una mentira? Quien sufre con ella. Pero sufrir por la realidad significa ser una realidad malograda... La preponderancia del dolor sobre los placeres es la causa de esa moral y esa religión ficticias; pero esa preponderancia también aporta la fórmula de la decadencia...

16

La crítica del concepto cristiano de Dios conduce inevitablemente a la misma conclusión. Una nación que aún crea en sí misma se aferra a su propio dios: proyecta su goce en sí mismo, su sentimiento de poder en un ser a quien pueda dar las gracias. Quien es rico donará sus riquezas; un pueblo orgulloso necesita un Dios a quien brindar sacrificios... La religión, dentro de estos límites, es una forma de gratitud. Un hombre agradece su propia existencia y para ello necesita un dios. Este dios debe ser capaz de beneficiar y dañar, debe ser capaz de comportarse como amigo y enemigo; es admirado tanto por el bien como por el mal que hace. Pero la castración, contraria a la naturaleza, de este dios, la que lo hace una divinidad solamente del bien, sería contraria a la inclinación humana. La humanidad necesita un dios malo y uno bueno; no debe agradecer su propia existencia a la tolerancia y al humanitarismo... ¿Qué valor tendría un dios que no conociera la ira, la venganza, el desdén, la astucia, la violencia? ¿Que no conociera siquiera los ardientes apasionamientos de la victoria y la destrucción? Nadie comprendería a ese dios; ¿quién lo querría? Es obvio que cuando una nación decae, cuando siente que la fe en su porvenir y su esperanza de libertad se le escapan, cuando comienza a ver la sumisión como la primera necesidad y las virtudes de la sumisión son vistas como medidas de la propia conservación, entonces debe transformar a su dios. Este se torna hipócrita, timorato y modesto; aconseja la «paz del alma», el no odio, la indulgencia, el «amor» al amigo y al enemigo. Moraliza sin fin; se arrastra por las virtudes privadas; se convierte en el dios de todos; se convierte en un ciudadano

Fin de la edición promocional